

tidios, exclamó Richard. "Que ha dicho que haría un artículo."— ¡Pardiez! exclamó Moncharmin. "Ese periodista se llama Máximo DeFrance."—No le conozco, declararon en el coro Moncharmin y Richard, tranquilizados.

"Los otro cuatro son: el señor y la señora Darklay y su hija, calle de la Paix."

—¡Los Darklay! Pero los Darklay son incapaces de portarse de ese modo, dijo Moncharmin. Los conozco, y son gente muy correcta. ¿Qué quiere decir esto?...

"Y el señor Malpertuis."

—¡Malpertuis! exclamaron los dos directores; con tal de que no sea el Malpertuis de Bellas Artes... No, no, hubiera pedido una butaca ó un palco. Malpertuis no paga jamás su billete en ninguna parte... ¿Y si estaba invitado por los Darklay? ¡Diablo!

"El señor Malpertuis ha dicho que se quejaría á los directores."

—Que se haga venir al inspector, gritó Richard á su secretario que había leído el primero aquel informe y le había anotado con lápiz azul.

El secretario, señor Remy—veinticuatro años, fino bigote, distinguido, vestido elegantemente (en aquel tiempo levita obligatoria durante el día,) inteligente y tímido como el director, 2,400 francos de sueldo anual, pagado por el director—compulsa los periódicos, responde á las cartas, distribuye palcos y billetes de favor, concierda citas, habla con los que hacen antesala, busca reemplazantes, corresponde con los jefes de servicio, y es, ante todo, el cerrojo del despacho de la dirección, acaso sin compensación alguna y pudiendo ser echado á la calle de un día á

otro, pues no es reconocido por la administración. El secretario, pues, que había hecho ya llamar al inspector, da orden de hacerle entrar.

El inspector entra, un poco azorado.

—Cuéntenos usted lo que ha pasado, dice bruscamente Richard.

El inspector se embrolla en seguida y hace alusión al informe.

—Pero, en fin, ¿por qué se reía esa gente?... Preguntó Moncharmin.

—Señor director, parecía que habían comido bien, y estaban más dispuestos á bromear que á oír buena música. Ya al llegar, no bien habían entrado en el palco, llamaron á la acomodadora y L. dijeron: "Mire usted el palco; no hay nadie, ¿verdad?...". "No, respondió la acomodadora." "Pues bien, afirmaron, cuando hemos entrado, hemos oído una voz que decía "que había alguien."

Moncharmin no pudo mirar á Richard sin sonreír; pero Richard no se reía. Había trabajado mucho en el género para no reconocer, en el relato que le hacía, lo más cándidamente del mundo, el inspector, todas las señas de una de las bromas pesadas que emplezan por divertir á los que son víctimas de ellas, pero acaban por hacerles rabiar.

El inspector, para hacer la corte á Moncharmin, creyó que debía sonreír también. ¡Desgraciada sonrisa! La mirada de Richard le hirió como un rayo y se hizo pasar en seguida una cara horriblemente consternada.

—En fin, cuando llegaron esas personas, ¿no había nadie en el palco? preguntó gruñendo el terrible Richard.

—Nadie, señor director, nadie.

Ni en el palco de la derecha ni en el de la izquierda, nadie, lo juro. ¡Pondría las manos en el fuego!... La acomodadora me lo ha repetido, lo que prueba que todo esto no es más que una broma.

—¡Ah! usted conviene en ello, dijo Richard, usted conviene en ello... ¡Es una broma! ¿Y usted la encuentra chistosa, sin duda?

—Señor director, la encuentro de muy mal gusto.

—¿Y qué dice la acomodadora?

—¡Bah! para ella es muy sencillo: dice que es el fantasma. ¡Y en ese caso!...

Y el inspector tomó una expresión de sarcasmo. Pero otra vez comprendió que había hecho mal, pues apenas había pronunciado esas palabras: "Dice que es el fantasma," cuando la cara de Richard, de sombría que estaba, se volvió feroz.

—Que vayan á buscarme á la acomodadora! rugió. ¡En seguida! ¡En seguida! ¡Que me la traigan! ¡Y que se ponga á toda esa gente en la puerta!

El inspector quiso protestar; pero el director le cerró la boca con un terrible: "Cállese usted!" Después, cuando los labios del infeliz subordinado parecieron cerrados para siempre, el director ordenó que se abriesen de nuevo.

—¿Qué es eso del fantasma de la Opera? se decidió á preguntar dando un gruñido.

—¿Qué el inspector estaba ya incapaz de decir palabra é hizo entender por una mímica desesperada que no sabía nada, ó más bien, que no quería saberlo.

—¿Usted le ha visto, al fantasma de la Opera?

Con un gesto enérgico de la ca-

beza, el inspector negó haberlo visto jamás.

—¡Tanto peor! declaró friamente Richard.

El inspector abrió unos ojos enormes, que se le salían de las órbitas, para preguntar por qué el director había pronunciado aquel siniestro: ¡tanto peor!

—Porque voy á echar á la calle á todos los que no le han visto, explicó el director. Puesto que está en todas partes, no es admisible que no se le vea en ninguna. ¡Quiero que todo el mundo haga su servicio!

## V

## CONTINUACION DEL "PALCO NUM. CINCO."

Después de decir esto, Richard no se ocupó más del inspector y trató diferentes negocios con su administrador, que acababa de entrar. El inspector había pensado que podía marcharse; y muy despacio, muy despacio, andando hacia atrás, se había ido aproximando á la puerta; pero Richard echó de ver la maniobra y le clavó en su sitio con un aterrador: ¡No se mueva usted!

Por orden del señor Remy, se había ido á buscar á la acomodadora, que era portera en la calle de Provence, á dos pasos de la Opera, y pronto estuvo en el despacho de la dirección.

—¿Cómo se llama usted?

—Madama Giry. Usted me conoce bien, señor director: soy la madre de Giry, de la pequeña Meg...

Fué esto dicho en un tono tan rudo y tan solemne, que impresionó un instante á Richard. El di-

rector miró á Madame Giry (mantón desteñido, zapatos desaventajados, falda vieja de tafetán, sombrero color de hollín). Era de toda evidencia, por la actitud de Richard, que éste no conocía ni recordaba haber conocido á Madame Giry, "ni siquiera á la pequeña Mag." Pero el orgullo de esta célebre acomodadora era tal, que se imaginaba ser conocida por todo el mundo.

—No la conozco á usted, acabó por declarar el director. Pero Madame Giry, esto no impide que quiera yo saber qué le ha ocurrido á usted ayer noche, para haber estado obligada, usted y el señor inspector, á llamar á un municipal.

—Quería justamente ver á usted para hablarle de esto, señor director, á fin de que no le sucedan las mismas desgracias que á los señores Debienne y Poligny. Tampoco ellos, al principio, querían escucharme.

—No pregunto á usted nada de eso. Le pregunto qué le ha sucedido ayer noche.

Madame Giry se puso roja de indignación. Jamás se le había hablado en semejante tono. Se levantó como para marcharse, recogiendo ya los pliegues de la falda y agitando con dignidad las plumas del sombrero color de hollín; pero cambió de resolución, sentóse de nuevo y dijo con voz malhumorada:

—Lo que ha sucedido, es que han molestado otra vez al fantasma!

Moncharmin, al ver que Richard estaba dispuesto á echarlo todo á rodar al oír semejantes palabras, intervino y dirigió el interrogatorio, del que resultó que Madame

Giry encontraba muy natural que se dejase oír una voz para afirmar que había gente en un palco en que no había nadie. La acomodadora no podía explicarse ese fenómeno, que no era nuevo para ella, más que por la intervención del fantasma. Ese fantasma no le veía nadie en el palco, pero todo el mundo podía oírle. Ella le había oído muchas veces, y se la podía creer, porque ella no sentía nunca. Que se preguntase á los señores Debienne y Poligny y á todos los que la conocían, y también á don Isidoro Saack, á quien el fantasma había roto una pierna.

—¡Cómo! interrumpió Moncharmin. ¿El fantasma ha roto la pierna á ese pobre Isidoro Saack?

Madame Giry abrió unos ojos en los que se leía el asombro que sentía ante tanta ignorancia. Y consintió, en fin, en instruir á aquellos dos desgraciados inocentes. Cosa había sucedido en tiempo de los señores Debienne y Poligny, en el mismo palco número cinco y también durante una representación de "Fausto."

—Oiga usted, señor director. Estaban aquella noche en primera fila el señor Maniera y su señora, los lapidadores de la calle Mogaador, y detrás de la señora de Maniera su amigo íntimo, don Isidoro Saack. Mefistófeles estaba cantando (Madame Giry canta): "Tú que te haces la dormida," y, en esto, el señor Maniera oye por el oído derecho (su mujer estaba á su izquierda) una voz que le dice: "¡Ah! no es Julia la que se hace la dormida!" (Su mujer se llama justamente Julia). El señor Maniera se vuelve hacia la derecha para ver quien la hablaba de ese modo. ¡Nadie! Se frota la oreja y se dice

así mismo: "Estoy soñando?" Mefistófeles continúa su serenata. . . . Pero estoy aburriendo, acaso, á los señores directores.

—¡No! ¡No! Continúe usted.

—Los señores directores son muy buenos. (Una muesa de Madame Giry). Digo, pues, que Mefistófeles continuaba su serenata (Madame Giry canta): "Catalina á quien adoro—¿por qué has de negar—al amante que te implora—un dulce beso?..." é inmediatamente el señor Maniera oye, también por la oreja derecha, la misma voz que le dice: "¡Ah! no es Julia la que negaría un beso á Isidoro." Entonces se vuelve, pero esta vez del lado de su mujer y de Isidoro. ¿Y qué es lo que ve? á Isidoro que había cogido la mano de su señora y la estaba cubriendo de besos en el huequillo del guante. Así, señores. (Madame Giry canta): "De besos el poquito de carne que deja desnudo su guante de algodón). Entonces, pueden ustedes figurarse que las cosas no se quedaron así. . . . ¡Olic! ¡Olic! Maniera, que es alto y grueso como usted, señor Richard, administró un par de bofetadas al señor Saack, que es delgado y débil como el señor Moncharmin, dicho sea sin ofenderle. Se armó un escándalo. El público gritaba: "¡Basta! ¡Basta! ¡Le va á matar!..." En fin, el señor Saack pudo escapar.

—No fué, entonces el fantasma quien le rompió la pierna, dice Moncharmin, un poco ofendido al ver que su físico hacía tan pobre impresión en Madame Giry.

—Se la rompió, replicó Madame Giry con altivez, pues no comprendo la intención ofensiva del director; se la rompió en la gran es-

calera, que él bajaba demasiado de prisa, de tal modo que no la volverá á subir tan pronto.

—¿Es el fantasma quien ha contado á usted las frases que dijo en la oreja derecha del señor Maniera? pregunta de nuevo con una seriedad que él cree altamente cómica, el juez de instrucción Moncharmin.

—No, señor, ha sido el mismo señor Maniera.

—¿Pero usted ha hablado ya con el fantasma, buena mujer?

—Como estoy hablando con usted, mi buen señor.

—Y, cuando habla con usted el fantasma, ¿qué le dice?

—Y bien, me dice que le traiga una banqueta para los pies.

Al pronunciar estas palabras solemnemente, la cara de Madame Giry se volvió de mármol, de mármol amarillo vetado de rojo, como el de las columnas que sostienen la gran escalera.

Esta vez Richard se echó á reír en compañía de Moncharmin y del secretario Remy; pero el inspector, instruido por la experiencia, no se rió. Apoyado en la pared, el pobre hombre se preguntaba, removiendo febrilmente las llaves en el bolsillo, cómo iba á acabar toda aquella historia. Cuanto peor humerado es el tono de Madame Giry, más teme él que le vuelva la cólera al señor director. Y héte aquí que ahora, al ver la risa de los directores, Madame Giry se atreve á ponerse amenazadora, pero amenazadora de verdad.

—En lugar de reírse del fantasma, exclama indignada, harían ustedes mejor imitando al señor Poligny, que quiso darse cuenta por sí mismo.

—¿Darse cuenta de qué?... in-

terroga Moncharmin, que nunca se ha divertido tanto.

—¡Del fantasma!... ¿No se lo digo a ustedes?... Oigan ustedes. (Se calma repentinamente, porque juzga que el momento es grave.) Oigan ustedes... Lo recuerdo como si fuese ayer. Aquella noche se hacía "La Hebrea", y el señor Poligny quiso asistir á la representación, solo, en el palco del fantasma. La Krauss había obtenido un éxito loco. Acababa de cantar, ya saben ustedes, esa cosa del segundo acto (Madama Giry canta á media voz):

Al lado del que amo  
Vivo y quiero morir.  
Y ni la muerte misma  
Nos podrá desunir.

—¡Bien! ¡Bien! Comprendo, hace observar con sonrisa benévola Moncharmin.

Pero Madama Giry continúa á media voz, columpiando la pluma de su sombrero de color de hollín:

¡Partamos! Partamos! en los  
  (cielos)  
La misma suerte nos espera.

—¡Sí! ¡Sí!... comprendido, repite Richard impaciente de nuevo. ¿Y entonces? ¿Y entonces?

—Entonces, era el momento en que Leopoldo grita: "¡Huyamos!" ¿No es verdad?, y Eleazar los detiene preguntándoles: "¿Adónde corréis?" Pues bien, en este momento mismo, el señor Poligny, á quien yo estaba observando desde el palco de al lado, que estaba vacío el señor Poligny se le vantó de pronto y se marchó, tieso como una estatua, sin que tuviera yo tiempo de preguntarle como

Eleazar: "¿Adónde va usted?" Estaba más pálido que un muerto. Le ví bajar la escalera, pero él no se rompió una pierna... Sí, em-bargo, andaba como soñando y ni siquiera encontraba su camino, él, que tan bien debía conocer la Opera...

Así se expresó Madama Giry, que se llamó para juzgar el efecto que había producido. La historia de Poligny había hecho mover la cabeza á Moncharmin.

—Todo eso no me dice en que circunstancias ni cómo le pidió á usted un banquillo el fantasma de la Opera, insistió mirando fijamente á la Giry.

—Pues bien, fué desde aquella noche, cuando se dejó tranquilo á nuestro fantasma y no se trató de disputarle su palco. Los señores Debiene y Poligny dieron orden de que se le dejase para todas las representaciones... Y desde entonces, cuando venía, me pedía su banquillo.

—¡Hum!... ¡Un fantasma que pide un banquillo! ¿Es entonces mujer su fantasma de usted? preguntó Moncharmin.

—No, el fantasma es un hombre.  
—¿Cómo lo sabe usted?

—Tiene voz de hombre, una dulce voz de hombre. Oigan ustedes cómo pasan las cosas. Cuando viene á la Opera, llega de ordinario á mitad del primer acto y da tres golpecitos secos en la puerta del palco No. 5. ¡Figúrense ustedes si me quedaría admirada la primera vez que oí los tres golpecitos, cuando sabía muy bien que no había aún nadie en el palco!... Abro la puerta, escucho, miro. ¡Nadie! Y, de pronto, oigo una voz que me dice: "Madama Jules (es el nombre de mi difunto esposo), un

banquillo, hágame usted el favor." Dicho sea sin ofender á usted, señor director, yo estaba como un tomate... Pero la voz continuó: "No se asuste usted, Madama Jules: yo soy el fantasma de la Opera..." Miré al sitio de donde venía la voz, que era, por cierto, tan buena y tan amable que casi no me daba ya miedo. La voz, señor director, "estaba sentada en el primer sillón de primera fila," á la "derecha". Quitando que yo no veía á nadie en el sillón, hubiera jurado que había alguien en él y alguien muy bien educado, por cierto.

—¿Estaba ocupado el palco que está á la derecha del No. 5? preguntó Moncharmin.

—No, ni el 7 ni el 3, á la izquierda, estaban aún ocupados. No había hecho más que empezar la función.

—¿Y usted, qué hizo?

—¡Qué había de hacer! traje el banquillo. Evidentemente no le pedía para él, sino para su señora. Pero á ella no la he visto ni oído nunca...

—¿Eh? ¿Qué? ¿El fantasma tiene ahora señora?

La doble mirada de Moncharmin y Richard pasó de Madama Giry al inspector que, detrás de la acomodadora, agitaba los brazos, con el designio de llamar la atención de sus jefes, y se tocaba la frente con un índice desolado para hacer comprender á los directores que la Giry estaba ciertamente loca, pantomima que decidió definitivamente á Richard á separarse de un inspector que conservaba en su servicio á una chiflada. La buena mujer, enteramente poseída por su fantasma se-

guía ahora ponderando su generosidad.

—Al acabarse la función, me da siempre una moneda de dos francos, algunas veces de cinco y, otras, de diez, cuando ha estado muchos días sin venir. Pero desde que se ha empezado otra vez á molestarle, ya no me da nada.

—Vamos á ver, buena mujer... (Nueva rebelión de la pluma del sombrero color de hollín ante una familiaridad tan persistente) vamos á ver: ¿cómo se arregla el fantasma para dar á usted los dos francos? dice Moncharmin que es curioso.

—¡Bah! los deja en la tablilla del palco, y allí los encuentro con el programa que le llevo siempre. Algunas noches encuentro también flores en el palco, una rosa que debe de haberse caído del vestido de la señora... pues es seguro que debe de haber con él una señora, porque una noche olvidaron un abanico.

—¡Ah! el fantasma ha olvidado un abanico... ¿Y qué ha hecho usted de él?

—Se lo he llevado la vez siguiente.

Aquí se dejó oír la voz del inspector.

—No observó usted el reglamento, Madama Giry. Le pondré á usted una multa.

—¡Cállese usted, imbécil! (Voz de bajo de Richard).

—Les devolvió usted el abanico, ¿Y entonces?

—Entonces se lo llevaron, señor director, pues no le encontré al acabarse la función, y la prueba es que dejaron en su lugar una caja de bombones ingleses, que tanto me gustan. Es una de las amabilidades del fantasma.

—Está bien, Madama Giry, puede usted retirarse.

Cuando Madama Giry, hubo saludado respetuosamente, aunque con dignidad que no la abandonaba, á sus dos directores, éstos declararon al inspector que estaban decididos á privarse de los servicios de aquella vieja loca. Y despidieron al inspector. Una vez solos, los directores advirtieron al administrador que arreglase la cuenta al inspector, y se comunicaron el pensamiento que se les había ocurrido á los dos al mismo tiempo, que era ir á dar una vuelta por el palco No. 5.

## VI.

## EL VIOLIN ENCANTADO

Cristina Daé, víctima de intrigas de las que hablaremos más adelante, no volvió á obtener en seguida en la Opera el triunfo de la famosa función de gala. Después, sin embargo, tuvo ocasión de hacerse oír en casa de la duquesa de Zurich, donde cantó las más hermosas piezas de su repertorio, y he aquí cómo se expresa acerca de ella el gran crítico X. Y. Z. que se encontraba entre los invitados más notables:

—Cuando se la oye en "Hamlet," hay que preguntarse si Shakespeare ha venido de los Campos Eliseos á ensayarle "Ofelia"... Es verdad que cuando cñe la diadema de ostreallas de la reina de la noche, Mozart, por su parte, debe de dejar las moradas eternas para venir á oírle. Pero no, no tiene que molestarse, pues la voz aguda y vibrante de la intérprete magnífica de su "Flauta encanta-

da" va á buscarle en el cielo, que ella escala con facilidad, exactamente como ha sabido pasar sin esfuerzo de su cabaña de la aldea de Skotelof al palacio de oro y mármol edificado por el señor Garnier."

Pero, desde la velada de la duquesa de Zurich, Cristina no canta ya en el gran mundo. Es el hecho que, en esta época, rehúsa toda invitación y toda velada aun pagada regamente. Sin dar un pretexto plausible, renuncia á tomar parte en una fiesta de caridad para la que tenía prometido su concurso. Obra como si no fuera dueña de su destino, como si tuviera miedo de un nuevo triunfo.

Supo que el conde de Chagny, para complacer á su hermano, se había empeñado muy activamente en su favor con el señor Richard, y le escribió para darle las gracias y también para rogarle que no hablase más de ella á sus directores. ¿Cuáles podían ser las razones de tan extraña actitud? Los unos han supuesto que no había en este caso más que un inconmensurable orgullo, y los otros, una divina modestia. Pero nadie es tan modesto cuando está en el teatro, y, en verdad, yo no sé si debiera escribir simplemente esta palabra: miedo. Sí, yo creo que la Daé tenía miedo de lo que acababa de sucederle y estaba por ello tan estupefacta como todo el mundo á su alrededor, ¿estupefacta?... ¡Vamos allá! Tengo aquí una carta de Cristina (colección del Persa.) que se refiere á los acontecimientos de aquella época, y, después de haberla vuelto á leer, no escribiré que Cristina estaba estupefacta ni, siquiera, asustada de su triunfo, sino más bien "espan-

tada." Sí, sí, espantada. "No sé lo que me pasa cuando canto", dice.

¡Pobre, pura, dulce niña!

No se dejaba ver en parte alguna, y el vizconde de Chagny trató en vano de encontrarse en su camino. La escribió para pedirle permiso de presentarse en su casa, y ya desesperaba de obtener una respuesta, cuando, una mañana, Cristina hizo llegar á sus manos la escuela siguiente:

"Caballero: no he olvidado al niño que fué á recoger mi pañoleta en el mar. No puedo menos de escribir á usted esto, hoy que me voy á Ferrós conducida por un deber sagrado. Mañana es el aniversario de la muerte de mi pobre padre, al que usted ha conocido y que le quería mucho. Está enterrado allí con su violín, en el cementerio que rodea á la pequeña iglesia, al pie de la cuesta en que, siendo muy pequeños, tanto hemos jugado; en la orilla de aquel camino en que, un poco mayores, nos despedimos por última vez."

Cuando recibió esta carta de Cristina Daé, el vizconde de Chagny se echó sobre un indicador de ferrocarriles, se vistió á toda prisa, escribió unas líneas, que su ayuda de cámara debía entregar á su hermano, y se metió en un coche que, por mucha prisa que se dió, no pudo llevarle al andén de la estación Montparnasse á tiempo de tomar el tren de la mañana, con el que contaba. Pasó el vizconde un día desesperado, y no recobró el gusto de la vida hasta la tarde, cuando estuvo instalado en su vagón. Durante todo el viaje relejó la carta de Cristina, respiró su perfume y resucitó la dulce imagen de sus años juveniles. Pasó

toda aquella noche de ferrocarril en un sueño febril, que tenía por principio y por fin á Cristina Daé. Apuntaba el alba cuando se apeó en Lannion, y corrió á la diligencia de Porrós-Guirec, de la que era el único viajero. Interrogó al mayoral, y supo que, el día antes por la noche, una joven que parecía una parisiense, se había hecho llevar á Ferrós, y se había alojado en la posada del Sol Poniente. No podía ser más que Cristina, y había venido sola. Raúl dió un suspiro; iba á poder hablar en paz con Cristina en aquella soledad. La amaba hasta ahogarse. Aquel muchachón, que había dado la vuelta al mundo, estaba puro como una virgen que no ha salido de casa de su madre.

A medida que se acercaba á ella, Raúl recordaba devotamente la historia de la pequeña cantante sueca, muchos de cuyos detalles son aún ignorados del vulgo.

Había una vez en un pueblecillo de los alrededores de Upsal, un aldeano que vivía allí, con su familia y cultivaba la tierra durante la semana y cantando el facistol de los domingos. Aquel aldeano tenía una niña á la que enseñó á descifrar el alfabeto musical mucho antes de que supiera leer... Daé era, sin que se sospechase acaso, un gran músico, y tocaba el violín como ningún ministril de la Escandinavia. Extendíase su reputación muchas leguas á la redonda, y todo el mundo se dirigía á él para tocar en bailes y en festines. La mujer de Daé, imposibilitada, murió cuando Cristina iba á cumplir seis años. Su padre, que sólo amaba á su hija y á la música, vendió sus tie-

rras y se fué á buscar la gloria á Upsal, donde no encontró más que la miseria.

Volvió entonces á los campos y fué de feria en feria, rascando sus melodías escandinavas, mientras su hija, que no se separaba de él, le escuchaba con éxtasis ó le acompañaba cantando. Un día, en la feria de Limby, el profesor Valerius los oyó á los dos y se los llevó á Gothemburgo. Decía el profesor que el padre era el mejor violinista del mundo y que la hija era del percal de las grandes artistas. Educóse é instruyóse á la niña, y en todas partes maravillaba á todo el mundo por su belleza, su gracia, su afán de decir y de hacer bien. Sus progresos fueron rápidos. Por aquel tiempo, el profesor Valerius y su mujer tuvieron que ir á establecerse en Francia y llevaron á Cristina Daé. La de Valerius trataba á Cristina como á una hija. El marido, á todo esto, empezaba á demacrarse, dominado por la nostalgia. En París, no salía nunca y vivía en una especie de ensueño que entretenía con su violín. Se encerraba horas enteras en su cuarto, con Cristina, y se le oía tocar el violín y cantar muy bajito, muy bajito. Algunas veces, la mujer de Valerius iba á escucharlos detrás de la puerta, daba un gran suspiro, se enjugaba una lágrima y se volvía de puntillas. También ella tenía la nostalgia de su cielo escandinavo.

Daé no parecía recobrar algunas fuerzas más que en verano, cuando toda la familia se iba á veranear en Perrós-Guirec, en un rincón de Bretaña que era entonces casi desconocido de los parisienses. Gustábase mucho el mar

de aquel país, porque le encontraba, decía él, el mismo color que allá, y, muchas veces, en la playa, tocaba sus melodías más plañideras y suponía que el mar se callaba para escucharlas. Además, había suplicado tanto á la mujer de Valerius, que ésta había consentido en una nueva locura del antiguo ministril.

En la época de las fiestas de los pueblos, se marchaba como en otro tiempo con su violín, y tenía derecho de llevarse á su hija durante ocho días. La gente no se cansaba de escucharlos. Vertían armonía para todo el año en los más miserables caseríos, y dormían por la noche en las granjas, renunciando á la cama de la posada, y estrechándose en la paja el uno con el otro, como en el tiempo en que eran pobres en Suecia.

Iban vestidos decentemente, rehusaban el dinero que se les ofrecía, no hacían colecta, y la gente no comprendía la conducta de aquel músico ambulante que corría por los caminos con aquella guapa muchacha que cantaba tan bien como un ángel del paraíso.

Un día, un niño de la ciudad, que estaba con su aya, hizo dar á ésta una larga caminata, pues no se decidía á dejar á la niña cuya pura y dulce voz le había encadenado. Así llegaron al borde de una rada que se llama todavía Trestran, pero en la que creo que hay ahora un casino á cosa semejante. En aquel tiempo no había allí más que el cielo, el mar y la dorada orilla. Y, sobre todo, había un gran viento que se llevó al mar la pañoleta de Cristina. La muchacha dió un grito y extendió los brazos, pero la pañoleta

Apdo. 1225 MONTREMY, MEXICO

estaba ya lejos en las olas. Cristina oyó una voz que le decía:

—No le moleste usted, señorita, yo ire á buscar su pañoleta en el mar. Y vió un niño que corría, que corría, á pesar de las protestas de una buena señora de negro. El niño se metió en el mar, enteramente vestido, y trajo la pañoleta. ¡En bonito estado venían la pañoleta y el niño! La señora de negro no se calmaba, pero Cristina se reía con toda su alma, y dió un beso al niño. Era éste el vizconde de Chagny, que vivía entonces con su tía en Lannión. Durante la temporada se volvieron á ver casi todos los días y jugaron juntos. Y á petición de la tía, y por mediación de Valerius, Daé consintió en dar lecciones de violín al joven vizconde. De este modo, Raúl aprendió las mismas melodías que habían encantado la infancia de Cristina.

30446  
Tenían ambos niños la misma alma soñadora y tranquila; no se complacían más que con las historias y los viejos cuentos bretones, y su principal juego consistía en ir á solicitarlos á los umbrales de las puertas, como mendigos: "Señora á señor, ¿no tendría usted algún cuento que contarnos?" Y era raro que no se les "diese." ¿Qué abuela bretona no ha visto, una vez al menos en su vida, danzar los "korriganes" en la landa, á la luz de la luna?

Pero su gran fiesta era cuando en el crepúsculo, en la gran paz del anochecer, después de que el sol se había puesto en el mar, iba Daé á sentarse á su lado en la orilla del camino, y les contaba en voz baja, como si temiese dar miedo á los fantasmas que evoca-

ba, las bellas, dulces ó terribles leyendas del país del Norte. Era tan pronto aquello hermoso como los cuentos de Andersén, tan pronto triste como los cantos del gran poeta Rumberg. Cuando se callaba, los dos niños decían: "¡Más, más!"

Había un cuento que comenzaba así: "Un rey se había sentado en una barquita, en una de esas aguas tranquilas y profundas que se abren como un ojo brillante en medio de los montes de Noruega....."

Y otro.

"Lotita pensaba en todo y no pensaba en nada... Pájaro de estío, se cernía en los rayos de oro del sol, llevando en sus rubios rizos la corona primaveral. Su alma era tan clara y tan azul como su mirada. Hacía mimos á su madre, era fiel á su muñeca y cuidaba mucho su traje, sus zapatos rojos y su violín, pero le gustaba sobre todas las cosas oír al dormirse al Angel de la Música."

Mientras el buen hombre decía estas cosas, Raúl miraba los ojos azules y la cabellera dorada de Cristina. Y Cristina pensaba que Lotita era muy feliz de oír, al dormirse, al Angel de la Música. Casi no había cuento de Daé en que no interviniese el Angel de la Música, y los niños le pedían intermisibles explicaciones sobre el tal Angel. Suponía Daé que todos los grandes músicos, todos los grandes artistas, reciben al menos una vez en la vida la visita del Angel de la Música. Ese Angel se inclina á veces sobre su cuna, como le sucedió á Lotita, y de este modo es como hay pequeños prodigios que tocan el violín á los seis años mejor que algunos hom-

30446

bres de cincuenta, lo que hay que confesar que es enteramente extraordinario. Algunas veces, el Angel viene mucho después, porque los niños no son buenos y no quieren aprender el método ni estudiar las escalas. Algunas veces, el Angel no viene nunca, porque no se tiene el corazón puro ni la conciencia tranquila. No se ve jamás al Angel, pero él se hace oír de las almas privilegiadas, y, muchas veces, en los momentos en que menos le esperan y cuando están tristes y desanimadas. Entonces el oído percibe de repente celestiales armonías y una voz divina que se recuerda toda la vida. Las personas que son visitadas por el Angel se quedan como inflamadas y vibran con un calofrío que no conocen los demás mortales. Tiene además el privilegio de no poder ya tocar un instrumento ó abrir la boca para cantar, sin hacer oír sonidos que dan vergüenza por su belleza á todos los otros sonidos humanos. La gente que no sabe que el Angel ha visitado á esas personas, dice que tienen genio.

La niña Cristina preguntaba á su padre si él había oído al Angel. Pero el buen Daé movía la cabeza tristemente, brillaba su mirada mirando á su hija, y le decía: "Tú, hija mía, le oirás un día. Cuando yo esté en el cielo, te le enviaré, te lo prometo."

Daé empezaba á toser en aquella época.

Vino el otoño, y separó á Raúl y á Cristina.

Tres años después, se volvieron á ver; ya eran unos jóvenes. Esto ocurrió también en Ferrós, y Raúl conservó de ello tal impresión, que le persiguió toda su vi-

da. El profesor Valerius había muerto, pero su mujer se había quedado en Francia, donde la retenían sus intereses, con el bueno de Daé y con su hija, ambos cantando como siempre y tocando el violín, y arrastrando en su ensueña armonioso á su querida protectora, que parecía no vivir más que de música. El joven se había ido al azar á Ferrós, y del mismo modo entró en la casa habitada en otro tiempo por su amiguita. Lo primero que vió fué al anciano Daé, que se levantó de su asiento con lágrimas en los ojos, y le abrazó, diciéndole que habían conservado de él un fiel recuerdo. La verdad era que no había pasado día sin que Cristina hablase de Raúl. Estaba aún hablando al viejo cuando se abrió la puerta y entró la joven, presurosa y encantadora, llevando en una bandeja el humeante té. Cristina reconoció á Raúl y dejó la bandeja. Por su lindo semblante se repartió una ligera llama, y se quedó vacilante y callada. El padre los miraba á los dos, y Raúl se acercó á la muchacha y le dió un beso que ella no evitó. Hizole Cristina unas cuantas preguntas, cumplió lindamente su deber de dueña de casa, volvió á coger la bandeja y salió de la habitación, para ir á refugiarse en un banco, en la soledad del jardín. Experimentaba sentimientos que se agitaban por primera vez en su corazón adolescente. Raúl fué á rennirse con ella, y hablaron hasta la tarde con una gran cordedad. Estaban enteramente cambiados y no reconocían á sus personajes, que parecían haber adquirido una considerable importancia. Estuvieron prudentes como diplomáticos, y se

contaron cosas que no tenían nada que ver con sus sentimientos nacientes. Cuando se separaron en la orilla del camino, Raúl dijo á Cristina, depositando un correcto beso en su temblorosa mano: "¡Señorita, no olvidaré á usted jamás!" Y se marchó, arrepintiéndose de estas palabras atrevidas, pues sabía bien que Cristina Daé no podía ser mujer del vizconde de Chagny.

En cuanto á Cristina, se fué á ver á su padre y le dijo: "No te parece que Raúl no está tan amable como otras veces? ¡Ya no le quiero!" Y trató de no pensar más en él. Como no lo lograba sino difícilmente, se refugió en su arte, que la ocupó todos los instantes. Sus progresos iban siendo maravillosos, y los que la escuchaban le predicaban que iba á ser la primera artista del mundo. Pero en esto murió su padre y en aquel momento, pareció que Cristina había perdido con él la voz, y el alma y el genio, quedóle lo bastante de todo esto para entrar en el Conservatorio, pero muy justo. No se distinguió en modo alguno, asistió á las clases sin entusiasmo, y obtuvo un premio para complacer á la viuda de Valerius, con la que seguía viviendo. La primera vez que Raúl volvió á ver á Cristina en la Opera, le dejó encantado por su belleza y por la evocación de las dulces imágenes de otro tiempo, pero se quedó asombrado del lado negativo de su arte. Parecía despegada de todo. Volvió á oírle, la siguió por el escenario, la esperó detrás de un bastidor y trató de llamar su atención. Más de una vez la acompañó hasta la puerta de su cuarto, pero ella no le veía. Parecía, por

lo demás, que no veía á nadie. Era la indiferencia que pasaba. Raúl sufría, porque era hermosa, él tímido, y no se atrevía á confesarse que la amaba. Después, en la noche de la función de gala, aquello había sido un rayo. Desgarrados los cielos, una voz de ángel se dejaba oír en la tierra, para encanto de los hombres y para mayor daño de su corazón....

Después... después había habido aquella voz de hombre detrás de la puerta: "Tiene usted que amarme," y nadie en el cuarto...

¿Por qué se había reído cuando le dijo: "Soy el niño que recogió en el mar su pañoleta?" ¿Por qué no le había reconocido? ¿Y por qué le había escrito?

¡Oh! ¡qué larga es esta cuenta... Aquí está el cruciño de los tres caminos... Aquí la llanura desierta, los campos helados, el paisaje inmóvil bajo el cielo blanco. Los vidrios resuenan y le rompen los oídos... ¿Qué ruido hace esta diligencia que avanza tan poco! Raúl reconoce las cabañas, los cercados y los árboles del camino... He aquí el último recodo de la carretera; después bajaremos, y se verá el mar, la gran bahía de Ferrós....

De modo que ha ido á parar á la posada del Sol Poniente... ¡Pardiez! no hay otra... Y además, se está allí muy bien. Raúl recuerda que en otros tiempos se contaban allí muy bellas historias. ¿Cómo late su corazón! ¿Qué va á decir Cristina al verle?

La primera persona que ve Raúl al entrar en la sala ahumada del mesón, es la vieja Tricard, que le reconoce, le hace mil cumplimientos y le pregunta qué le lleva por allí. Raúl dice que ha ido para ne-

cios á Lannión y que se ha llegado hasta allí para darle los buenos días. La mujer quiere servirle de almuerzo, pero él responde: "Dentro de un momento." Parece que espera algo ó á alguien. Está en pie. No se ha engañado. ¡Ella es! Quiere hablar, y se queda callado. La joven está delante de él, sonriente y nada extrañada. Su cara está sonrosada y fresca como una fresa nacida en la sombra. Sin duda está la joven agitada por una marcha rápida, pues su seno, que encierra un corazón sincero, se levanta suavemente. Sus ojos, claros espejos de azul pálido, del color de los lagos que sueñan inmóviles allá, hacia el norte del mundo, llevan á Raúl tranquilamente el reflejo de alma cándida de Cristina. Su abrigo de pieles está abierto sobre un talle flexible en la línea armoniosa de su joven cuerpo lleno de gracia. Raúl y Cristina se miran largamente, mientras la Tricard sonríe y desaparece discreta. Por fin, habla Cristina:

—Ha venido usted, no lo extraño. Tenía el presentimiento de que le encontraría aquí, en esta posada, al volver de mira "Alguien" me lo ha dicho. Sí, se me había anunciado su llegada.

—¿Quién? pregunta Raúl, tomando en sus manos la manita de Cristina, que ella no retira.

—Mi pobre padre, que está muerto.

Hay un rato de silencio entre los dos jóvenes, y después dice Raúl:

—¿Lo ha dicho á usted su padre que la amo, Cristina, y que no puedo vivir sin usted?

Cristina se ruboriza hasta los cabellos, vuelve la cabeza y dice con voz temblorosa:

—¿A mí? Está usted loco, amigo mío.

Y se echa á reír para hacer algo.

—No se ría usted, Cristina; lo digo muy en serio.

Y la joven replica muy grave:

—No le he hecho á usted venir para que me diga cosas semejantes.

—Usted me "ha hecho venir," Cristina; ha adivinado usted que su carta no me dejaría indiferente y que acudiría á Ferrós. ¿Cómo ha podido usted creer eso si no pensaba que la amo?

—He pensado que se acordaría usted de los juegos de nuestra infancia, á los que tantas veces se asociaba mi padre. En realidad, no sé bien lo que ha pasado. . . . Acaso he hecho mal de escribir á usted. . . . Este aniversario y la aparición repentina de usted en mi cuarto, la otra noche, me habían llevado lejos, muy lejos en el pasado, y he escrito á usted como una niña que era entonces, como una niña que juega y que se alegraría de ver, en un momento de duelo y de soledad, al camarada de su niñez. . . .

Por un instante guarda silencio. . . . Hay en la actitud de Cristina algo que Raúl no encuentra natural, sin que le sea posible precizar su pensamiento. Sin embargo, no la siente hostil, lejos de eso. La ternura desolada de sus ojos le informa suficientemente. . . . Pero, ¿por qué esa ternura es desolada? . . . Esto es lo que haría falta saber y lo que irrita ya al joven. . . .

—Cuando se encontró usted conmigo en su cuarto, ¿era la primera vez que usted me veía, Cristina?

No sabe ésta mentir, y dice:

—No, le había á usted visto muchas veces en el palco de su hermano. Y también en el escenario.

—¿Lo suponía! dice Raúl pellizcándose los labios. ¿Por qué, entonces, cuando me vió usted en su cuarto, á sus pies y haciéndole recordar que yo había recogido su pañoleta en el mar, me respondió como si no me conociese y se echó usted á reír?

El tono de estas preguntas es tan rudo, que Cristina mira á Raúl asombrada y no le responde. El joven está él mismo estupefacto de aquella querrela repentina que se atreve á suscitar en el momento mismo en que se había prometido hacer oír á Cristina palabras de dulzura, de amor y de sumisión. Un marido, un amante que tiene todos los derechos, no hablarían de otro modo á su mujer ó á su querida que los hubieran ofendido. Irritase el joven por sus errores, y juzgándose estúpido, no encuentra otra salida para aquella ridícula situación que la decisión hurraña que toma de mostrarse odioso.

—¿No me responde usted? dice rabioso y desgraciado. Pues bien, yo voy á responder por usted. Fue porque había alguien en el cuarto, que la estorbaba, Cristina, alguien al que no quería usted hacer ver que podía interesarse por nadie más que por él. . . .

—Si alguien me estorbaba aquella noche, amigo mío, había de ser usted, puesto que á usted fué á quien puse en la puerta, respondió Cristina en un tono helado.

—Sí, para quedarse con el otro.

—¿Qué dice usted, caballero? . . . responde la joven anhelosa. ¿De qué otro se trata?

—De aquel á quien usted dijo:

"No canto más que para usted. . . . Le he dado mi alma esta noche, y estoy muerta."

Cristina coge el brazo de Raúl y se lo aprieta con una fuerza que no se hubiera sospechado en aquel ser tan frágil.

—¿Escuchaba usted, entonces, detrás de la puerta?

—Sí, porque amo á usted. . . . Y lo oí todo. . . .

—¿Qué es lo que usted oyó? Y la joven, vuelta extrañamente á la calma, suelta el brazo de Raúl.

—Le oí á él, que dijo: "Es preciso amarme."

Al oír estas palabras, una palidez cadavérica se extiende por la cara de Cristina, cuyos ojos ponen-se ojerosos. . . . La joven vacila y va á caer. Raúl se precipita y extiende los brazos, pero ya Cristina ha dominado aquel desfallecimiento pasajero, y dice en voz baja, casi expirante:

—¡Siga usted! ¡Siga! ¡Dígame todo lo que oyó! . . .

Raúl la mira, titubea, y no comprende nada de lo que pasa.

—¡Pero hable usted! ¡Bien está usted viendo que me hace morir.

Oí también que él respondió á usted cuando le dijo que le había dado su alma: "Tu alma es muy hermosa, hija mía, y te doy las gracias. No hay emperador que haya recibido semejante regalo. Los ángeles han llorado esta noche."

Cristina se lleva la mano al corazón y se fija en Raúl con una emoción indescriptible. Su mirada es tan aguda, tan fija, que parece la de una insensata. Raúl está espantado. Pero hete aquí que los ojos de Cristina se ponen húmedos, y por sus mejillas de marfil se deslizan dos perlas, dos pesadas lágrimas. . . .

—¡Cristina!...

—¡Raúl!...

Va el joven á tomarla en sus brazos, pero ella se le escabulle de entre las manos, y se echa á correr en un gran desorden.

Mientras Cristina estaba encerrada en su cuarto, hacía Raúl mil seproches por su brutalidad; pero, por otra parte, los celos tomaban el galope en sus venas en fuego. Para que la joven hubiera mostrado tal emoción al saber que se había sorprendido su secreto, era preciso que éste fuera de importancia. Ciertamente, Raúl, á pesar de lo que había oído, no dudaba de la pureza de Cristina. Sabía su reputación de virtud, y no era tan novicio que no supiera la necesidad en que se encuentra muchas veces una artista de escuchar palabras de amor. Era verdad que ella había respondido que había dado su alma, pero era evidente que no se trataba en todo esto más que de canto y de música. ¿Evidente? ¿Por qué, entonces, su emoción de hacía un momento? ¡Dios mío, qué desgraciado era Raúl! Si hubiera tenido al hombre, "á la voz de hombre," le hubiera pedido explicaciones precisas.

¿Por qué había huido Cristina?  
¿Por qué no bajaba?...

Raúl renunció á almorzar. Estaba inconsolable, y su dolor era grande al ver pasar, privado de la joven sueca, aquellas horas que él había esperado que serían tan dulces. ¿Por qué no venía á recorrer con él el país en que tantos recuerdos les eran comunes? ¿Y por qué, puesto que no tenía nada que hacer en Ferrós, y en realidad no hacía nada, no tomaba en seguida el camino de París? Había sabido Raúl por la mañana que la joven había

mandado decir una misa por el alma de Daé, y que había pasado largas horas en oración en la iglesia y en la tumba del ministril.

Triste y desalentado, Raúl se fué hacia el cementerio que rodea á la iglesia, empujó la puerta, y anduvo errante y solitario entre las tumbas, descifrando las inscripciones; pero cuando llegó á estar detrás del ábside, quedó en seguida enterado por la nota brillante de las flores que suspiraban en el granito del sepulcro y que rebosaban hasta la tierra blanca, embalsamando todo aquel rincón helado del invierno bretón. Eran unas milagrosas rosas rojas que parecían brotadas allí, aquella misma mañana, en la nieve. Era un poco de vida entre los muertos, porque la muerte estaba allí en todas partes, y rebosaba también de la tierra, que había arrojado su exceso de cadáveres. Contra la pared de la iglesia había amontonados cráneos y esqueletos, sostenidos únicamente por una ligera red de alambre que dejaba al descubierto todo el fúnebre edificio. Las calaveras, amontonadas y alineadas como ladrillos, y consolidadas en los intervalos por huesos limpiamente blanqueados, parecían formar el primer cimientto en que se había edificado los muros de la sacristía. La puerta de esta sacristía se abría en medio de este osario, tal como se ve en muchas iglesias bretonas.

Raúl rezó por Daé, y después, lamentablemente impresionado por las sonrisas eternas que tienen las bocas de las calaveras, salió del cementerio, volvió á subir la cuesta y se sentó en la orilla de la llanura que domina al mar. El viento corría malintencionadamente ladrando á la pobre y tímida claridad

del día, y ésta cedió, huyó, y pronto no fué más que una raya livida en el horizonte. El viento, entonces se cayó. Era de noche, y Raúl estaba envuelto en sombras glaciales, pero no sentía frío. Todo su pensamiento vagaba por la meseta desierta y desolada, todo su recuerdo. Allí, en este mismo lugar, era adonde había venido tantas veces, á la caída de la tarde, con Cristina, á ver danzar los duendes, en el momento justo en que sale la luna. Por su parte, jamás los había visto, y, sin embargo, tenía buenos ojos. Cristina, al contrario que era un poco miope, sostenía haber visto muchos. Raúl sonrió al ocurrirsele esta idea, y después, de pronto, se estremeció. Una forma, una forma precisa, pero que se había acercado sin saber cómo y sin que lo advirtiese el menor ruido, una forma que estaba en pie á su lado, decía:

—¿Cree usted que los duendes vendrán esta noche?

Era Cristina. Raúl quiso hablar, pero ella le cerró la boca con su mano enguantada.

—Escúcheme usted, Raúl; estoy resuelta á decirle una cosa grave, muy grave.

Su voz temblaba. Raúl esperó.

La joven continuó, emocionada:

—¿Se acuerda usted, Raúl, de la leyenda del Angel de la Música?

—¡Si me acuerdo!... Creo que fué aquí donde su padre de usted nos la contó por primera vez.

—También fué aquí donde me dijo: "Cuando yo esté en el cielo, hija mía, te le enviaré." Pues bien, Raúl, mi padre está en el cielo, y he recibido la visita del Angel de la Música.

—No lo dudo, respondió grave-

mente el joven, porque creía comprender que, con un pensamiento piadoso, su amiga mezclaba el recuerdo de su padre con el brillo de su último triunfo.

Cristina pareció ligeramente extrañada de la tranquilidad con que el vizconde de Chagny sabía que ella había recibido la visita del Angel de la Música.

—¿Cómo entiende usted esto, Raúl? dijo inclinando su pálida cara hasta cerca de la del joven, que éste hubiera podido creer que Cristina iba á darle un beso; pero la joven no quería más que leer en sus ojos á pesar de las tinieblas.

—Entiendo, respondió Raúl, que una criatura humana no canta como usted cantó la otra noche, sin que intervenga un milagro, sin que el cielo la ayude en cierto modo. No hay profesor en la tierra que puede enseñar á usted semejantes acentos. Usted ha oído al Angel de la Música, Cristina.

—Sí, respondió la artista solemnemente, "en mi cuarto". Allí es donde va á darme sus lecciones cotidianas.

El tono con que Cristina dijo esto era tan penetrante y tan singular, que Raúl la miró alarmado, como se mira á una persona que dice una enfermedad, ó que cuenta una visión loca en la que ella cree con todas las fuerzas de su cerebro enfermo. Pero la joven había retrocedido, y no era ya más que un poco de sombra inmóvil en la noche.

—¿En su cuarto de usted? repitió Raúl como un eco estúpido.

—Sí, allí es donde le he oído, y no he sido yo sola.

—¿Quién le ha oído también, Cristina?

—Usted, amigo mío.



—¿Yo? ¿Yo he oído al Ángel de la Música? "

—Sí; la otra noche, era él quien hablaba cuando usted escuchó detrás de la puerta de mi cuarto. El fué quien me dijo: "Es preciso amarme". Pero creí que era yo sola la que oía su voz. Juzgue usted mi asombro cuando he sabido esta mañana que usted también podía oírlo.

Raúl soltó la carcajada. Y en seguida se disipó la noche en la lancha desierta y los primeros rayos de la luna vinieron á envolver á los dos jóvenes. Cristina se había vuelto, hostil, hacia Raúl, y sus ojos, ordinariamente tan dulces, lanzaban relámpagos.

—¿Por qué se ríe usted? ¿Cree usted por ventura, haber oído una voz de hombre?

—¡Pardiez! respondió el joven, cuyas ideas iban embrollándose ante la actitud de batalla de Cristina.

—Y es usted, Raúl, quien me dice eso! ¡Un antiguo compañero mío! ¡Un amigo de mi padre! ¡No le reconozco á usted! ¿Pero qué es, entonces lo que usted cree? Soy una mujer honrada, señor vizconde de Chagny; y no me encierro en mi cuarto con voces de hombre. Si hubiera usted abierto la puerta, hubiese visto que no había nadie.

—¿Es verdad! Cuando usted se marchó, abrió la puerta y no encontré á nadie en el cuarto.

—Ya lo ve usted. . . Entonces. . . El vizconde apeló á todo su valor.

—Entonces, Cristina, pienso que se burla usted.

Cristina lanzó un grito y huyó. Raúl corrió detrás, pero ella le gritó con burla irritación:

—Déjeme usted! Déjeme usted!

Y desapareció. Raúl volvió á la posada muy cansado, muy desanimado, muy triste.

Supo que Cristina acababa de subir á su cuarto y que había anunciado que no bajaría á comer. El joven preguntó si estaba enferma, y la buena posadera le respondió de una manera ambigua que si estaba mala, no debía ser de enfermedad grave, y como creía en una reyerta de enamorados, se marchó encogiéndose de hombros y expresando solapadamente la lástima que le daban los jóvenes que desperdiciaban en vanas querellas las horas que Dios les ha permitido pasar en la tierra. Raúl comió solo, en un rincón del hogar, y como puede pensarse, muy tristemente. Después, en su cuarto, trató de leer, y luego, en la cama de dormir. No se oía ruido alguno en el departamento de al lado. ¿Qué estaba haciendo Cristina? ¿Dormiría?... Y si no dormía, ¿en qué estaba pensando? ¿Y él, en qué pensaba? ¿Hubiera sido capaz de decirlo? La extraña conversación que había tenido con Cristina le había turbado por completo. . . Pensaba menos en Cristina que "alrededor" de Cristina, y este alrededor era tan difuso, tan nebuloso, tan incoercible, que le producía un curioso y agustioso malestar.

Pasaron así las horas muy lentas, y podrían ser las once y media de la noche, cuando el joven oyó distintamente pasos en el cuarto contiguo al suyo. Bran pasos ligeros y furtivos. ¿Cristina no se había, pues, acostado? Sin razonar sus acciones, el joven se vistió muy de prisa, tratando de hacer el menor ruido posible. Y, dispuesto á todo, esperó. ¿Dispuesto á qué? ¿Eso sabía él acaso? Su corazón pa-

seose á dar saltos cuando oyó girar lentamente sobre sus goznes la puerta de Cristina. ¿Adónde iba á aquella hora en que todo dormía en Ferrós? Raúl entreabrió calladito su puerta y pudo ver, en un rayo de luna, la forma blanca de Cristina que se deslizaba con mil precauciones por el corredor. La sombra bajó la escalera, y él, detrás de ella, se inclinó por la barandilla. De repente, oyó dos voces que hablaban rápidamente; y llegó á sus oídos una frase: "No pierda usted la llave." Era la voz de la posadera. Abajo, se abrió la puerta que daba á la rada, volvióse á cerrar, y todo quedó de nuevo en silencio. Raúl volvió en seguida á su cuarto y abrió la ventana. La forma blanca de Cristina se erguía en el muelle desierto.

Aquel primer piso de la posada del Sol Poniente no era muy alto, y un árbol junto á la pared, que tendía sus ramas á los ojos impacientes de Raúl, permitió á éste salir de la posada sin que la posadera pudiese sospechar su ausencia. Cuál fué, pues, la estupefacción de la buena mujer cuando, por la mañana, le llevaron al joven casi helado, más muerto que vivo, y supo que lo habían encontrado tirado todo lo largo que era, en los escalones del altar mayor de la iglesia de Ferrós. La posadera corrió prestamente á dar la noticia á Cristina, que bajó en seguida y, ayudada por la posadera, prodigó á Raúl sus cuidados alarmados. El joven no tardó en abrir los ojos y volvió por completo á la vida cuando vió cerca de él la cara encantadora de su amiga.

¿Qué había sucedido? El comisario Mifroid tuvo ocasión, unas semanas después, cuando el drama

de la Opera necesitó la acción del ministerio público, de interrogar al vizconde de Chagny sobre los sucesos de la noche de Ferrós, y he aquí en qué forma fueron éstos consignados en los folios del sumario (pág.150).

Pregunta. —¿La señorita Daé no le había á usted visto bajar de su cuarto por el singular camino que usted eligió?

Respuesta. —No, señor, no. Sin embargo, llegué cerca de ella sin cuidarme de evitar el ruido de mis pasos. No quería yo más que una cosa, que se volviese, que me viera, que me reconociese. Acababa yo de pensar, en efecto, que mi persecución era enteramente incorrecta y que el espionaje á que me entregaba era indigno de mí. Pero ella no pareció que me oía, y en realidad obró como si yo no hubiera estado allí. Dejó tranquilamente el muelle, y después, de repente, subió rápidamente el camino. El reloj de la iglesia acababa de dar las doce menos cuarto, y me pareció que al oír la hora había determinado la rapidez de su carrera, pues casi echó á correr. De este modo llegó á la puerta del cementerio.

P. —¿Estaba abierta la puerta del cementerio?

R. —Sí, señor, y esto me sorprendió, pero no pareció extrañar á la señorita Daé.

P. —¿No había nadie en el cementerio?

R. —No vi á nadie. Si hubiera habido alguien, lo hubiese visto. La luz de la luna era deslumbradora, y la nieve que cubría la tierra, al reflejar sus rayos, hacía la noche más clara todavía.

P. —¿No podía esconderse alguien detrás de las tumbas? . . .

R. —No, señor. Son pobres losas

sepulcrales que desaparecían bajo la capa de nieve y que alineaban sus cruces al nivel del suelo. Las únicas sombras eran las nuestras y las de esas cruces. La iglesia estaba resplandeciente de claridad. Nunca he visto semejante luz nocturna. Era aquello muy hermoso, muy transparente y muy frío. No había ido jamás de noche á los cementerios é ignoraba que se pudiera encontrar en ellos aquella especie de luz "que no pesa nada."

P.—¿Es usted supersticioso?

R.—No, señor, soy creyente.

P.—¿En qué estado de ánimo estaba usted?

R.—Muy sano y muy tranquilo, á fe mía, ciertamente, la salida inopinada de la señorita Daé me había turbado al pronto profundamente, pero en cuanto vi á la joven penetrar en el cementerio, pensé que iba á cumplir algún voto en la tumba de su padre, y encontré la cosa tan natural que reconquisté toda mi calma. Estaba sencillamente asombrado de que no me hubiera oído andar detrás de ella, porque la nieve crujía bajo mis pasos. Pero estaba sin duda enteramente absorta en su pensamiento piadoso. Resolví, por lo demás, no molestarla, y cuando llegó á la tumba de su padre, me quedé unos pasos detrás de ella. La señorita Daé se arrodilló en la nieve, hizo la señal de la cruz y empezó á rezar. En este momento dieron las doce de la noche. Resonaba aún en mi oído la duodécima campanada, cuando, de repente, vi á la joven levantar la cabeza; fijóse su mirada en la bóveda celeste, y tendieron sus brazos hacia el astro de la noche... Me pareció en éxtasis y estaba yo preguntándome todavía por qué cau-

sa, cuando yo mismo levanté la cabeza, eché á mi alrededor una mirada atónita y todo mi ser se dirigió hacia lo Invisible. "hacia lo invisible que nos tocaba la música." ¡Y qué música, señor juez! ¡La conocíamos ya! Cristina y yo la habíamos oído en nuestra juventud. Pero jamás, ni en el violín del difunto Daé, había sido expresada con arte tan divino. No pude hacer nada mejor en aquel instante que acordarme de todo lo que Cristina acababa de decir del Ángel de la Música y no supe que pensar de aquellos sonidos inolvidables que, si no bajaban del cielo, dejaban ignorar su origen en la tierra. No había allí instrumento ni mano que condujese el arco. ¡Oh!... recordé la admirable melodía: era la "Resurrección de Lázaro," que Daé nos tocaba en sus horas de tristeza y de fe. Si el ángel de Cristina hubiera existido, no hubiera tocado mejor aquella noche con el violín del difunto ministril. La invocación de Jesús nos arrancaba á la tierra, y casi esperaba yo ver levantarse la losa del sepulcro del padre de Cristina. Me pasó también por la mente que Daé había sido enterrado con su violín, y, en verdad, en aquel momento fúnebre y radiante, en el fondo de aquel pequeño y apartado cementerio de provincia, al lado de las calaveras que nos sonreían con sus mandíbulas inmóviles, no sé hasta dónde fué mi imaginación ni dónde se detuvo.

Pero la música se calló, y yo recobré mis sentidos. Entonces me pareció que oía ruido hacia el lado de las calaveras del osario.

P.—¡Ah! ¿Oyó usted ruido en el osario?

R.—Sí, me pareció que las ca-

laveras se reían entonces con expresión sarcástica, y no pude menos de estremecerme.

P.—¿No pensó usted en seguida que, detrás del osario, podía esconderse el músico celestial que acababa de encantarle?

R.—Tanto lo pensé, señor juez, que no pensé más que en eso y me olvidé de seguir á la señorita Daé que acababa de levantarse y se dirigía tranquilamente á la puerta del cementerio. En cuanto á ella, estaba tan absorta, que no es extraño que no me oyese. No me moví, con los ojos fijos en el osario, decidido á ir hasta el fin de esta increíble aventura y á conocer su causa.

P.—¿Y qué ocurrió entonces para que se le encontrase á usted, por la mañana, en las gradas del altar mayor?

R.—¡Oh! aquello fué rápido... De pronto rodó á mis pies una calavera... después otra... y otra. Hubiérase dicho que era yo el blanco de aquel fúnebre juego de bolos. Y me figuré que un movimiento torpe había destruido la armonía del montón detrás del cual se escondía nuestro músico. Esta hipótesis me pareció más razonable, cuando vi de repente deslizarse una sombra por el brillante muro de la sacristía.

Me precipité hacia ella. La sombra había ya abierto la puerta y entrado en la iglesia. Tenía yo alas, la sombra llevaba capa, y fui bastante rápido para cogerle una punta. En este momento estábamos, la sombra y yo, juntamente delante del altar mayor, y los rayos de la luna, á través de las vidrieras del ábside caían sobre nosotros. Yo no soltaba la punta de la capa, la sombra se volvió, en-

treabrióse el manto en que estaba envuelta, y vi, señor juez, vi como le estoy á usted viendo, una horrible calavera que asestaba hacia mí una mirada en la que brillaban los fuegos del infierno. Creí tener que habérmelas con el mismo Satán, y, ante aquella aparición de ultratumba, mi corazón desfalleció, á pesar de mi valor, y no recuerdo más hasta el momento en que me encontré en mi cuartito de la posada del Sol Poniente.

### VIII.

#### UNA VISITA AL PALCO No. 5.

Hemos dejado á los señores Richard y Moncharmin en el momento en que se decidían á hacer una visita al palco número cinco.

Han dejado detrás de sí la ancha escalera que conduce desde el vestíbulo de la administración á la escena y sus dependencias; han atravesado el escenario y han entrado en el teatro por la puerta de los abonados, y, después, en la sala, por el primer pasillo de la izquierda. Se han deslizado por entre las primeras filas de butacas y han mirado el palco número cinco. Le vieron mal por estar sumido en una semiobscuridad y porque había inmensas fundas echadas sobre el terciopelo rojo del antepecho.

En aquel momento estaban casi solos en la inmensa y tenebrosa nave y rodeábalos un gran silencio. Era la hora tranquila en que los tramoyistas se van á beber.

Los hombres habían abandonado momentáneamente el escenario, dejando una decoración á medio poner; unos rayos de luz (una luz